

Discurso de ingreso a la Academia Nacional de Medicina de México

José Sifuentes-Osornio*

Doctor José Narro Robles, Subsecretario de Regulación Sanitaria, en representación del doctor Juan Ramón de la Fuente, Secretario de Salud; doctor Mauricio García Sainz, Presidente de la Academia Nacional de Medicina de México; doctor Enrique Wolpert Barraza, Vicepresidente de la Academia Nacional de Medicina de México, distinguidos miembros del presidium, señores académicos, señoras y señores.

Es para mi una gran distinción dirigir estas palabras en nombre de los médicos tan distinguidos que ingresan hoy a esta Academia Nacional de Medicina de México. Es un honor pertenecer al cuerpo colegiado más ilustre, preeminente y antiguo de mi país, del cual son o han sido miembros y directivos mis más apreciados y respetables maestros. Por ello en esta ocasión, quiero patente mi reconocimiento a mis mentores: al maestro José de Jesús Macías y a los doctores Benjamín Moncada y Ricardo Quibrera de la universidad Autónoma de San Luis Potosí, así como al maestro Salvador Zubirán (QEPD), al Maestro Donato Alarcón Segovia, al maestro José Ruiloba, a los doctores Enrique Wolpert David Kershenobich y muy especialmente, al doctor Guillermo Ruiz Palacios del Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán. A todos ellos les agradezco infinitamente sus observaciones, su paciencia, sus enseñanzas, su amistad y sus reprimendas.

En esta oportunidad quiero hacer algunas reflexiones acerca de las condiciones prevalecientes en la medicina mexicana en el crepúsculo del siglo, con el propósito de encontrar resonancia entre los miembros de la Academia.

Al final del siglo XX, la medicina mexicana está en crisis, debido a los propios errores cometidos por nuestra sociedad, por nuestros médicos y por nuestros gobernantes. Además, la crisis se ha ahondado por la importancia irracional de modelos costosos, ineficientes, dispendiosos, caducos y deshumanizados que proliferan en nuestro entorno.

He visto en el médico mexicano la pérdida del interés por la solución genuina de los problemas de los enfermos, olvidando con ello una de las máximas Hipocráticas "primero no hacer daño". Ello ha sido y es consecuencia del afán eficientista o mercantilista al que se ha acercado tan peligrosamente la práctica médica en el país. Veo con preocupación como administradores y financieros se adueñan de la práctica médica e introducen poco a poco la medicina defensiva y prepagada que prevalece en los Estados Unidos como si fuera el paradigma a seguir. El médico con frecuencia mal informado o con restricciones económicas no tiene otra alternativa que afiliarse a estos sistemas de trabajo. Las agrupaciones médicas no discuten, lo suficiente, el futuro de la práctica médica en México y no reflexionan sobre el deterioro de la misma, lo cual es evidente en los Estados Unidos; el médico mexicano ve indiferente e inocentemente cómo nos acercamos más y más hacia una actividad médica preponderantemente con fines de lucro, no tanto por el médico como por las corporaciones administradoras de la medicina.

También he podido ver cómo algunas instituciones médicas mexicanas han deteriorado el estándar de vida de los médicos en el intento de masificar la

* Académico numerario.

Correspondencia y solicitud de sobretiros: Departamento de Infectología-Investigación, Instituto Nacional de la Nutrición "Salvador Zubirán". Vasco de Quiroga No. 15 Tlalpan, C.P. 14000, México, D.F. Tel. (525) 573-73-33 Fax (525) 513-00-10.

atención médica en México, con el riesgo de perder calidad en búsqueda de cobertura amplia. De esta manera, los médicos deben atender 30 o más pacientes en una sola jornada laboral, entre otras condiciones indignas de trabajo. De hecho, los pacientes se sorprenden y se sienten halagados cuando son atendidos por su nombre en otras instituciones o en la práctica privada misma, como también les llama la atención cuando el médico les dedica más de 15 o 20 minutos de su tiempo.

En este sentido creo que la Academia y las Asociaciones Médicas deberían formular propuestas serias y congruentes con nuestra realidad histórica, social y económica que dignifiquen al médico como su persona y a nuestra profesión.

Veo con perplejidad cómo en la floresta mexicana, las nuevas escuelas y facultades de medicina, tanto públicas como privadas, proliferan como hongos en temporada de lluvias. Sólo en el Distrito Federal existen al menos 8 escuelas públicas y 5 privadas cuya matrícula anual es superior a los 3000 estudiantes. En este sentido, la comunidad médica mexicana ha bajado la guardia al permitir la proliferación de escuelas de medicina cuya demanda no ha sido valorada más allá del aspecto económico. Sin embargo, las Universidades, las autoridades educativas y la misma Academia deberían vigilar, sancionar y, eventualmente, corregir la calidad de la educación que se imparte en estas instituciones. Asimismo, creo aconsejable tomar decisiones radicales, como la reducción drástica de la matrícula en las escuelas y facultades de medicina, buscando la calidad académica, el compromiso social y los valores humanísticos que deben caracterizar al médico del siglo venidero.

Las actividades del médico en la educación son cosubstanciales a la propia actividad clínica. El médico familiar o el médico general enseñan o deberían enseñar a sus pacientes a cuidar mejor la salud y evitar aquellas enfermedades totalmente previsibles. Igualmente, tienen la enorme responsabilidad de edu-

car a la comunidad. El médico de hospital, además de educar a sus pacientes, ilustra a enfermeras, a médicos internos o residentes y a sus propios colegas. En este ambiente el médico adiestra al personal de la salud en las medidas de prevención, en el diagnóstico diferencial de la patología de la especialidad que le incumbe y en el manejo adecuado de medicamentos, entre otras actividades.

Durante años ha percibido la necesidad de la supervisión, la vigilancia y la revisión cuidadosa de los programas de la educación médica de posgrado por parte de la Academia, más allá de la formulación de recomendaciones hacia los consejos de especialidad. En otras palabras, siento que es recomendable que la Academia Nacional de Medicina de México, supervise a través de sus comités correspondientes, los planes de estudio y el desempeño de las instituciones formadoras de especialistas, con el propósito de lograr la verdadera superación académica y la mejoría constante de la calidad de la atención, al revisar los currícula y sobre todo los resultados de los programas.

Estas observaciones no tienen otro objetivo que mantener y mejorar la posición y la responsabilidad del médico en la sociedad mexicana, dado que él sigue siendo una figura relevante dentro de la comunidad, es quien escucha las dolencias y los pesares más íntimos de sus semejantes, y debe por ello mantener y acrecentar la madurez, la perspicacia y la calidad humana, en continuo adán de la excelencia y de la sensibilidad humanística.

En nombre de todos los nuevos miembros de esta honorable Academia Nacional de Medicina de México reitero la satisfacción y el orgullo que sentimos de ser miembros de esta tan distinguida corporación médica.

Finalmente, quiero agradecer a Rosi, mi esposa, su amor su constancia, su estímulo y su compañía por más de 20 años. A mis hijos José, Luis Fernando y María Fernanda por su amor y comprensión.